

TOROS 100

LOS DOS FENÓMENO

ANT

XIX

— POR —

1276/12
219721

“ALAMARES”



Precio: 10 cénts.

CORDOBA

Imp. «La Española» — Librería, 28

LOS DOS FENÓMENOS

POR

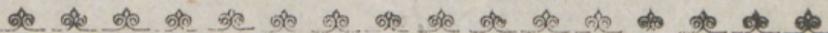
ALAMARES



Precio: 10 cents.

Published by the
C. G. & C. Co.,
New York, N. Y.

R. 30.194



I



No crean ustedes, queridísimos aficionados y colegas míos, que no es empresa difícil y peliaguda emborronar unas cuantas cuartillas siquiera sean las indispensables para llenar 32 páginas de texto, sobre cualquier astro coletudo de los que hoy caminan de triunfo en triunfo cosechando aplausos y orejas por esas plazas de mis pecados; si se extrema el socorrido vocabulario de los adjetivos encomiásticos, colocando al agasajado poco menos que en los cuernos de la luna, adjudicándole el calificativo de rey de la tauromaquia, emperador del toreo clásico, ó fenómeno—que es la que actualmente se ha puesto de moda—no faltará quien exclame, arrojando lejos el folleto ó destinándolo á usos que la decencia no

me permite nombrar— «¡Bah!, exageraciones de estómago agradecido; saldo de bombos interesados, á tanto la línea, embusterías ó apasionamiento, de amigos incondicionales...»

Si por el contrario, somos parcos en el elogio y en cambio sacamos á relucir los defectos, las equivocaciones y las deficiencias señalándolos, comedidamente, mas con el carácter de desinteresado y sincero consejo que con el de censura, también escucharemos el terrible y onsordecador clamoreo de la protesta más enconada, llamándonos parciales, enemigos sistemáticos, y otras cuantas lindezas por el estilo.

Así es, caballeros, que en estos calamitosos tiempos que corremos, hablar de toros poniéndose en el justo medio, para que no se enojen los unos ni nos acarreamos enemistades de los otros, es empresa mucho más difícil y enojosa que exigirle á Rafael que no pinche en el pescuezo; á Manolete que coloque derechas las estocadas; á Vicente Pastor que no se acuerde de sus magníficos inmuebles en el supremo momento de tirarse á matar; al vetera-

no Joaquín Navarro que *preste á cualquier amigo su desinteresado consejo*, — ó cosa análoga — para acometer determinada empresa.

Y sin embargo, ello es preciso; yo me he comprometido conmigo mismo, á hablar de Joselito y Belmonte ó de Belmonte y Joselito en este folleto, á ello voy en corto y por derecho procurando ajustarme en todo á la imparcialidad más absoluta para no atraer sobre mi desdichada cabeza las excomuniones todas del cónclave Belmontista ó Gallista, quedando lo mejor posible con unos y con otros y procurando complacer á tirios y troyanos.

Y dichos todos estos parrafitos que anteceden y que en honor de la verdad no me han salido del todo malos, requiero los traastos, lío la muleta, me descubro ante el público de la solanera que tiene más intuición que todos los aficionados é inteligentes de los palcos, gradas y tendidos de sombra y con todo el respeto que inspiran las muchedumbres, me inclino y digo:

— ¡Caballeros, vaya por ustedes!

II

Que Belmonte es un *fenómeno* dice todo el mundo y habremos de resignarnos á creer á todo el mundo bajo su palabra.

Pero ¡ah! que las grandes colectividades suelen ser inconscientes, no razonan, juzgan tan solo por la impresión del momento y no se preocupan generalmente en depurar en el crisol del raciocinio esas mismas impresiones.

Si nos atenemos á la verdadera acepción de la palabra *fenómeno*, aceptándola tal y como la define el Diccionario de la Lengua, el torero de Triana merece seguramente el calificativo; Belmonte es una cosa extraordinaria, se sale de los límites de lo vulgar, *su estilo propio en algunas suertes*, arrebatada, entusiasma, subyuga, impresiona, deslumbra; yo lo

tengo comparado en ciertos momentos—y perdonen sus acèrrimos é incondicionales partidarios,—al fogonazo de magnesio que inflama el operador para impresionar una placa en cualquier sitio falto de luz; inconscientemente nos hace juntar los párpados, velando un momento nuestro órgano visual y privándonos de la apreciación de ciertos detalles que nos son necesarios para formar después juicio definitivo.

Los aficionados—no los inteligentes—se pagan más de los arrestos temerarios que de la seriedad y clasicismo del verdadero arte; se prefiere siempre ó casi siempre ver á un totero metido entre los pitones de la res, arrancándole alamares de la chaquetilla y destrozándole á cada tarascada la pechera de la camisa, que verle hacer filigranas de artista un poco más distanciado de la cara, con aquella inteligencia, seguridad y dominio, que inmortalizó á algunos de los antiguos toreadores: la crueldad del público llega hasta el punto de que á pesar de impresionarle dolorosamente una cogida, la celebra, la saborea, la des-

menuza, la comenta en todos los tonos y hasta quizá salga más complacido de una corrida en que haya hule, que de otra que se deslice plácida y tranquilamente.

Será esto una crueldad, pero es un hecho real y positivo; yo que vengo asistiendo al espectáculo nacional desde hace más de veinte primaveras que he visto lidiar reses de cinco y seis años, no caracoles indecentes como los que se lidian ahora por regla general, que he observado y estudiado todas, absolutamente todas las diferentes impresiones que el público experimenta durante las múltiples fases de la corrida, he llegado á adquirir el convencimiento, de que esa impresión rapidísima que se siente en el momento de la cogida, tiene una voluptuosidad irresistible, hay en ella su goce, como lo hay también en los grandes dolores físicos.

El dolor moral tiene en determinadas ocasiones muchos puntos de semejanza con el placer, es un fenómeno psíquico que no nos acertamos á definir cumplidamente, pero no cabe duda de que existe.

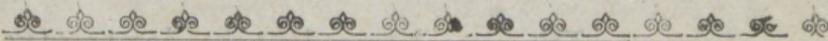
En Belmonte se aprecia ó se admira más la valentía que el arte, con ser este mucho, en las suertes que ejecuta, en esas que son exclusivamente suyas — suertes personales — y permítaseme esta definición; lo que arrebató á las muchedumbres haciéndolas enloquecer de entusiasmo, no son precisamente las verónicas, las medias verónicas ó los pases naturales, de pecho y de molinete rematados como marcan los cánones taurinos, sino la forma especialísima de mandar con los brazos dejando los piés clavados en la arena.

¿Desmerecen los pases de Joselito y no digamos nada de los de Rafael, de los que ejecuta el fenómeno de Triana? No, y mil veces no.

Ahora bien, yo reconozco más inteligencia en estos últimos, que en Belmonte y sobre todo mayores facultades; los Gallos dan á cada toro la lidia que se merece según sus condiciones y Juanito, lo mismo torea á los mansos que á los bravos, á los codiciosos que á los quedados, á los blandos que á los broncos y duros; su estilo es especial, incopiable, pero es siempre igual.

Esto, como saben muy bien los inteligentes, tiene gravísimas y peligrosas desventajas, pues si el lidiador invade los terrenos del toro, al torearle de capa, metiéndose en la misma cuna y la res por falta de bravura no obedece al mandato de los brazos y se queda en el centro de la suerte, la cornada es segura, no tiene el astado más que cerner un poco la cabeza y alargar el cuello, para prender al torero entre sus formidables defensas.

El lidiador podrá salir limpiamente pegado á los costillares de la res, cuando esta obedezca con nobleza la dirección que aquél le marque con el capote, jugando bien los brazos y despegando los codos del cuerpo, pero si el toro no obedece, esa *suerte* que tanto entusiasmo despierta, se convertirá en terrible cornada.



III

¿Ejecuta Belmonte todas las suertes del toreo? ¿Puede considerarse como un torero completo? Yo entiendo que le falta mucho para esto. Juanito, á quien admiro como el que más, desconoce en absoluto el toreo de frente por detrás—al menos nunca lo ha ejecutado—no gallea, no le he visto jamás dar una de aquellas famosas largas que dibujaba el gran «Lagartijo» y «Guerrita» algunos años más tarde y no puede por escasez de facultades, torear á punta de capote, como toreaba Fuentes en sus buenos tiempos.

¿Banderillea Belmonte? ¿Es matador de toros en la verdadera y genuina aceptación de la palabra?

Hasta la presente ni lo uno ni lo otro; pero

yo no niego, Dios me libre de semejante atrevimiento, que andando el tiempo, si un toro no se lo impide—la Providencia no lo quiera—pueda igualar las maravillosas proezas del Gordo, Cara-Ancha, Guerrita y Fuentes con las banderillas y la seguridad de Fras-cuelo y Mazzantini con el estoque.

Sin embargo, mucho lo dificulto, porque los *matadores de toros* propiamente dicho se revelan desde el primer momento como ocurrió á los anteriormente citados y á Paco Madrid en la época presente.

Si Juan Belmonte ejecutara todas las suertes con su peculiar estilo y con tanta perfección como ejecuta las que todos le admiramos y aplaudimos, entonces sí que merecería con entera exactitud el calificativo de *fenómeno*.

IV

Joselito es el *niño prodigio*. Yo le tengo comparado en punto á precocidad con el célebre Pepito Arriola, que tocaba maravillosamente el piano á los cuatro años.

Séame permitido á mí que no he sido nunca, ni soy, ni seré jamás apasionado por ningún torero, aunque sí admirador del que lo merece, adjudicar también el calificativo de fenómeno á otro que á mi modesto saber y entender reúne mayores condiciones por todos conceptos para satisfacer á los inteligentes, en las diferentes suertes que ejecuta, que el valiente torero de Triana: sin que por esto, repito, me atreva á negar los indiscutibles méritos que á éste adornan.

¿Si porque Juan Belmonte ejecuta dos ó

tres suertes con perfección suma, encontrándose siempre á dos *milímetros* de los pitones, se le aplica el adjetivo de fenómeno, cual merecerá Joselito Gómez que se arrima tanto como el otro, torea más que aquél, banderillea infinitivamente mejor y mata muchísimos millones de veces más que Belmonte?

El que sepa *distinguir* un poquito de toros lo suficiente nada más que para conocerles el pelo y haya visto torear juntos en una buena tarde á estos dos brillantes astros de la moderna tauromaquia, habrá deducido necesariamente una superioridad indiscutible en Joselito sobre Belmonte cuando haya hecho en su fuero interno el resumen imparcial y sensato de la corrida.

Claro es que cualquier suerte del toreo, la más sencilla y la que menos dificultades ofrece, entusiasmo, mejor dicho deslumbra al público, cuando á ella se asocia un valor temerario, metiéndose el lidiador entre los pitones.

En este caso, no arrebatará la suerte sino el valor con que está ejecutada.

Esas mismas verónicas que á diario aplaudimos á Belmonte se las vemos en casi todas las corridas á Joselito, que sabe mandar con los brazos sin mover los piés, da la salida al toro con perfección de maestro y sale de la suerte con elegancia y limpieza, sin que se hundan los firmamentos, tiemblen las esferas ni atruenen nuestros oídos las frases sacramentales del ¡fenómeno! ¡fenómeno! que escuchamos ya con indiferencia por habernos acostumbrado á ella.

Yo he visto torear á Joselito y á Belmonte en la plaza madrileña tres veces á este último, dos como novillero y el día que se doctoró; pues bien, hablando con absoluta imparcialidad debo decir que su trabajo en general durante estas tres tardes no satisfizo por completo á la afición más que en determinados momentos cuando ejecutó lo *suyo*, lo *exclusivamente* *suyo*, pero á la hora suprema de perfilarse con el estoque, de arrancar para la res y de hundir aquél en el morrillo, dejó un vacío tan enorme que si le tocamos las palmas fué más bien por sus anteriores faenas que

por la suerte de estoquear que todavía no domina.

En él se nota algo de indecisión al engendrar el volapié, no marca con seguridad todos los tiempos de éste, como hacían el Espartero, Algabeño, en sus comienzos, Emilio Torres y Mazzantini, sino que muchas veces por esa misma inseguridad deja el brazo suelto, se sale de la recta y le resultan las estocadas contrarias ó pasadas.

En cambio Joselito ha adquirido una seguridad tan enorme para matar, que yo le he visto á un toro veleta y abierto de cuerna vaciarlo tan prodigiosamente que cuando creíamos ver el pitón de salida perforarle el vientre por la rectitud con que se había arrancado, ni siquiera le rozó los alamares de la taleguilla y cayó hecho una pelota á dos dedos del matador.

Belmonte posee más elegancia en las suertes que ejecuta y un dominio de ellas tan completo y absoluto, que si todas las demás las dominara de la misma manera, el calificativo de *fenómeno* me parecería insuficiente para aplicárselo.

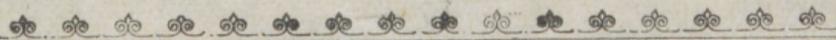
No existe y yo creo que no existirá jamás un torero más valiente ni que más pare, cuando con la muleta ó el capote extendido en la misma cara de la res, ejecuta lo que es exclusivamente suyo, esas verónicas y esas medias verónicas tan perfectas que parecen dibujadas y esos pases naturales que no hay ni ha habido en el mundo torero que los mejore.

En estos momentos arrebatada de tal manera á los públicos que le hace olvidar sus deficiencias en las demás suertes.

Belmonte es el lidiador de la elegancia y es perfecto en lo suyo; Joselito es más matador y reúne una suma mayor de facultades.

Sus nombres unidos en un mismo cartel, hace que el público se dispute las localidades á garrotazos.

¡Son mucho torero los dos niños!



V

La competencia, la maldita competencia á la cual arrastra el público inconsciente á los toreros de más fama, suele ser perjudicial en alto grado para estos.

Hoy esa competencia funesta se ha iniciado entre los dos jóvenes toreros sevillanos y de ella ha de salir peor librado Juan Belmonte, á quien sus *apasionados* conducirán seguramente á un serio percance, si no ponen el freno á esas absurdas intemperancias que se exteriorizan en todas las corridas en que ambos toman parte.

La voracidad del público es inagotable; á semejanza de aquel famoso dios de la Mitología que devoraba á sus propios hijos, crea los

ídolos para darse luego el placer de arrojarlos de sus pedestales «¡Más! ¡más!» grita insaciable en todas las corridas y obliga al lidiador á ejecutar nuevas suertes, á lanzarse materialmente entre los pitones de la fiera, á hacer idénticas faenas con todos los toros, sin considerar ¡oh, inconsciente ignorancia de las muchedumbres! que es imposible, absolutamente imposible darle la misma lidia á los bravos que á los mansos, al que acude como al que se queda, al incierto como al noblote, á quien se lleva prendido en los vuelos del capote ó de la muleta y que toma el engaño con la misma inocente docilidad que el falderillo que acude sumiso al menor llamamiento de su dueño.

Y desgraciado del torero que se reserva á quienes no puede dársele una lidia reposada y artística; ese mismo público que le aclama frénético, que lo saca en hombros de la plaza, que le canta *saetas* como al nazareno ó á la Virgen de las Angustias, que corre jadeante detrás del automovil que conduce al ídolo enroqueciendo á fuerza de aclamaciones y de

vitores, que en el paroxismo del entusiasmo le llama fenómeno por que no encuentra otro calificativo más estupendo que adjudicarle, le silbará despiadadamente cubriendo su pedestal de asqueroso barro, le negará la sal y el agua como á excomulgado ó relapso y hasta intentará someterlo á la ley bárbara del lynchamiento; como le ocurrió á aquel inmenso artista del toreo que se llamaba Rafael Molina el día de su despedida en la plaza de Madrid, teniendo que escapar por la puerta del arrastre, custodiado por parejas de la benemèrita para librarse de las terribles furias del mismo populacho que tantas veces había baticido las palmas en honor del gran maestro.

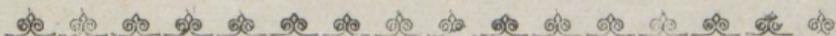
¿Cuántas cornadas son debidas á esa competencia maldita!

La que tienen establecida hoy los apasionados de Joselito y Belmonte en pro de sus respectivos ídolos, puede ser de funestas consecuencias para ambos y en ella, ha de llevar la peor parte con harta exposición de su vida, aquel que tenga menos facultades ó más amor propio.

Tengan en cuenta los gallistas y belmontistas que los leves puntazos que ha sufrido hasta ahora el valiente y pundonoroso torero de Triana, puede convertirse en corrada mortal que termine para siempre con esa desdichada competencia como ocurrió en fecha tan memorable como funesta con el desgraciado Espartero á quienes sus *incondicionales* exigían más de lo que él buenamente podía concederles.

Calmen sus exagerados ímpetus esos apasionados, porque la exclamación de entusiasmo puede ser muy bien interrumpida por el grito de espanto que produce el espectáculo de la horrenda tragedia.





VI

Yo quisiera hacer un resumen lo más imparcialmente posible, sobre todo cuanto anteriormente digo respecto á los dos *fenómenos*, estableciendo entre ambos el consiguiente paralelo sobre su toreo, sus facultades y los posibles éxitos que les aguardan.

Desde luego puede sentarse una afirmación categórica refiriéndose á Belmonte. Jamás, desde el Guerra hasta la fecha, ha podido apreciarse un trabajo más vistoso, más ceñido y que más arrebate al público, que el que ejecuta el torero de Triana. Su manera de torear con los brazos, de colocarse siempre en el terreno del toro no moviendo el cuerpo más que de cintura arriba, como si sus piés hubiesen echado raíces en la arena, es verda-

deramente sorprendente, arrebatada é impresionada hasta el punto de hacernos sentir una emoción tan intensamente terrible, como no es posible sentirla con las faenas de otro lidiador. Parece que Belmonte, ha nacido ya con una invariable predestinación hacia el toreo y que su manera de torear es innata, sin que ajenas enseñanzas hayan influido lo más mínimo en lo que hoy ejecuta con la misma perfección que cuando comenzó.

El ha sentido siempre la *intuición* del toreo. Unase á esto una valentía rayana en la temeridad y una gran modestia y podrá formarse la idea aproximada de lo que es este joven lidiador; y digo aproximada por que su toreo no puede apreciarse de manera exacta, sin vérselo ejecutar delante de reses, bravas y nobles.

Sin embargo, todavía le falta mucho que aprender: cuando le sale un bicho receloso é incierto que no acude, que se queda ó que se defiende, su trabajo resulta deficiente, porque su toreo no es el más apropiado para despachar á los toros que reunan cualquiera ó to-

das las condiciones que anteriormente he citado.

Uno de los mayores méritos que poseía el gran «Guerrita», era precisamente el de darle á cada toro la lidia que se merecía, y así le veíamos algunas veces tirarse á matar ganándose la cabeza después de haberles toreado con las precauciones que exigían las malas condiciones de la res.

En cambio, Mazzantini que ha sido el más notable estoqueador de los tiempos modernos, se retiró de su profesión sin haber aprendido á ejecutar toda suerte de *raitmagos* y ventajas, que constituyen la más segura defensa de los lidiadores

Belmonte, en el escaso tiempo que lleva de matador de toros, ha sufrido ya innumerables cogidas aunque por fortuna ninguna de gravedad y el origen, mejor dicho la causa de todas ellas, fué precisamente el querer darle á todos los toros idéntica lidia, sin saber establecer esas necesarias distinciones que antes establecieron otros matadores de gran fama; sin que por ello desmereciera lo más mínimo su trabajo.

Ese conocimiento perfectísimo de los toros no lo posee hoy más que Rafael Gómez, que á mi juicio es el torero más completo que se conoce. ¡Lástima grande que ese mismo conocimiento le arrastre muchas veces al más terrible pánico—injustificado en algunas ocasiones—y que le veamos con doloroso asombro dar horrorosas *espantás* y tirarse de cabeza al callejón entre la ensordecedora gritería del público.

Joselito es el torero de las grandes facultades; lo que hoy sabe lo aprendió desde muy pequeño toreando en los cercados, en el matadero sevillano y en los tentaderos y fué perfeccionándolo poco á poco, mediante las lecciones de su hermano.

Puede afirmarse que el menor de los Gallos es el torero que se ha formado á fuerza de estudio, sin que nada le deba á la inspiración.

Sus asombrosas facultades le hacen dominar todas, absolutamente todas las suertes que ejecuta con extraordinaria maestría, hasta el punto de que registrando la historia del toreo, desde muy antiguo, no encontraremos

ningún torero que se haya doctorado á los 17 años y que á los dos escasos de doctorarse haya levantado la enorme polvareda que ha sabido levantar este prodigioso fenómeno, el único hoy por hoy que puede competir sin la más mínima desventaja con el gran Belmonte.

El que escribe estas líneas le ha visto ejecutar faenas asombrosas con el capote, con las banderillas y con la muleta, faenazas que hicieron brotar el entusiasmo en el público y lanzar exclamaciones á antiguos y verdaderos aficionados, que siempre recuerdan las proezas de tiempos añejos y que suelen mirar con despectiva indiferencia los arrestos y las filigranas de estos lidiadores á la moderna.

Ningún banderillero ha conseguido cambiar cuatro pares seguidos por el mismo lado como ha hecho Joselito muy recientemente y quizá ningún matador de los de la última hornada ejecutó jamás faenas tan colosales y tan completas como las de este niño, que á la vuelta de media docena de años contará su capital por millones de pesetas.

Joselito lo ejecuta todo, lo único que todavía no le hemos visto y yo no desespero de vérselo ejecutar andando el tiempo, es picar y rejonear; si se lo proponen el mejor día nos sorprende la noticia de que en el tentadero tal ó en el beneficio cual, ha puesto unos cuantos puyazos en todo lo alto, rememorando las glorias pasadas del «Cbuchi», del «Naranjero», de los Calderones y de «Agujetas».

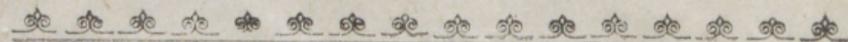
He terminado estos ligerísimos apuntes, que de mi pluma han brotado espontáneamente sin obedecer ni á presiones ni á requerimientos de amistad ni mucho menos á apasionados entusiasmos.

Yo no soy amigo ni de Joselito ni de Belmonte, soy únicamente un admirador de ambos que reconoce los méritos indiscutibles de estos dos ídolos de los públicos y un aficionado antiguo á quien la costumbre de ver corridas ha dado algún conocimiento, aunque poco, de lo que son estas cosas taurinas.

¿Me he equivocado? ¿No estoy en lo firme al juzgar el trabajo de los *fenómenos*? Pues

séame perdonado este error mío, que bien mirado á nadie perjudica en gracia á la buena intención y á la sinceridad con que lo he expresado.

FIN



Después de dar á las cajas las líneas anteriores leo el siguiente juicio crítico que ha merecido á la Prensa de Madrid la última faena realizada por el menor de los Gallos en el coso madrileño.

No pongo ni quito coma ni punto; me limito á hablar por boca ajena.

Opinión de "Don Modesto,,

«Joselito lleva dentro de sí el torero más grande que ha existido, pero enrollado y que todavía no se ha desenrollado más que la mitad. El día que lo haga del todo se llenarán los manicomios.»

Y describe, con calurosos elogios, las faenas del domingo 7 de Junio en la plaza de Madrid, aplaudiendo la concesión de la oreja, ganada magistralmente en el quinto toro.

Opinión de otros revisteros

«N. N.», de «El Imparcial», dice:

«Joselito habló con el toro y hasta le escribió una postal, que copia la conocida frasecilla «que vengan del Asia, etc.», diestro incopiable. De modo y con permiso, ¡¡Joselito!!»

«El Barquero», del «Heraldo», dice:

«No se puede estar más encima de los pitones. La ovación fué espantosa, tremenda, larguísima, y con ella la oreja de la víctima, porque la faena dislocó á la afición.»

«P. Alvarez», de «La Correspondencia», dice:

«La oreja se le concedió por unanimidad, y la ovación fué formidable, oyéndose los bravos en Sevilla.»

«Corinto y Oro», de «España Nueva»:

«Joselito, agarrando los pitones á su antojo, habló con el toro como el que habla con un amigo en la mesa del café, mientras á la gente se le caía la baba».

«Claridades» dice que tanto se metió Jose-
lito al matar, que salió empujado por el pe-
cho. Bien, D. José, una tarde completa.

El revistero de «La Tribuna», después de
entusiasmarse mucho, llama á Joselito sabio,
grande, monumental. Y termina con la frase
de «¡Salve, Joselito! ¡Eres el amo!»



